

IDENTIDADES COLECTIVAS Y PARTICIPACIÓN EN MUJERES RANKELES, SANTA ROSA, LA PAMPA, ARGENTINA¹

Daniela Bassa²

Resumen

En este trabajo intentamos recuperar la calidad de sujeto histórico de las mujeres, descubriendo al mismo tiempo su protagonismo en la sociedad, a través del rescate de sus prácticas y de destacar el proceso de construcción de sus identidades colectivas.

Se pretende rescatar las voces y prácticas de mujeres indígenas santarroseñas en sectores urbanos, para dar cuenta que sus saberes, su ejercicio ciudadano y su capacidad de reflexión crítica sobre las condiciones de vida, han actuado en un proceso conflictivo de conformación de la identidad que hoy las define como verdaderas protagonistas de su historia, pero también de nuestra historia.

Planteamos como hipótesis a indagar en la investigación que su identidad, sus utopías, entendidas como la posibilidad de autoestima, reconocimiento y posibilidad de realizar proyectos, y su presencia en diferentes tipos de organizaciones y movilizaciones sociales, hoy las ubican en un lugar que están afirmando dentro de la sociedad, desde el cual siguen reclamando lo que legítimamente les corresponde, como mujeres y como indígenas.

Intentamos aprehender estas identidades y estas historias a través de los relatos y las prácticas cotidianas de mujeres rankeles, cuyos testimonios fueron obtenidos a partir de entrevistas realizadas en la ciudad de Santa Rosa, capital de la provincia de La Pampa.

1. Introducción

En este trabajo intento demostrar cómo las mujeres rankeles santarroseñas han logrado afirmar su lugar dentro de la sociedad a través de su participación y su lucha por los derechos y la identidad.

Estas mujeres, integradas a la sociedad, reclaman y defienden sus derechos como indígenas portadores de valores y prácticas distintivas, lo cual nos permite rescatarlas como sujeto histórico, descubriendo su rol protagónico en la sociedad.

Analizaremos, y a través de sus voces, la participación de las mujeres rankeles en distintas organizaciones, y cómo dicha participación contribuye a estimular su autoestima, incrementar su autonomía, ejercer ciudadanía y construir identidad.

¹ Este trabajo fue presentado en las 1ª Jornadas Patagónicas de Estudios de las Mujeres y Género. Comodoro Rivadavia. 16 al 18 de abril de 2008.

² La autora investiga cuestiones de identidad y género y trabaja en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de la Mujer de la Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa. danielabassa@gmail.com

Cabe aclarar que esta ponencia es sólo el inicio de un proyecto de investigación mayor, razón por la cual predominan los planteos descriptivos más que los analíticos, los cuales serán protagonistas en trabajos posteriores.

La información fue obtenida a partir de entrevistas realizadas a mujeres rankeles residentes en la ciudad de Santa Rosa y Toay durante los años 2006 y 2007.

2. Sobre múltiples identidades: identidades étnicas y de género

Partimos de reconocer que las experiencias y actividades de las mujeres y los hombres se deben a sus contextos sociales e históricos y que por ello las identidades de los sujetos no son fijas ni únicas sino que, por el contrario, son procesos heterogéneos que se plasman y traducen en prácticas.

Cada agente social, afirma Vargas Valente (1993) está inscripto en una multiplicidad de relaciones sociales específicas de producción, de raza, de nacionalidad, etnicidad, género, sexo, que no pueden ser reducidas ni añadidas a las otras. Cada una de ellas determina diferentes subjetividades e intereses y construye diferentes discursos entendidos también como prácticas sociales.

Arfuch (2002) plantea que la concepción contemporánea de las identidades se aleja de todo esencialismo (como conjunto de atributos dados, preexistentes), para pensar más bien su cualidad relacional, contingente, su potencialidad en una trama social de determinaciones e indeterminaciones, su desajuste, respecto de cualquier intento totalizador.

Existen múltiples identidades (étnicas, religiosas, sexuales) que se expresan como resultado de la afirmación ontológica de la diferencia, en tanto lucha por reivindicaciones específicas que apuntan al reconocimiento, la visibilidad y la legitimidad. Toda afirmación identitaria, continúa Arfuch, entraña una lucha simbólica. Plantea el afloramiento de identidades políticas, nuevas formas de ciudadanía, identificaciones etarias, culturales, sexuales, de género, en pugna por derechos y reconocimientos. Lógicas de la diferencia cuya proliferación puede considerarse positiva en términos de una ampliación cualitativa de la democracia (Laclau, 1996), pero que no suponen en sí mismas un armónico igualitarismo sino más bien un terreno de alta conflictividad donde se libra una lucha hegemónica.

La autora retoma el planteo de Laclau para proponer una concepción dinámica de las identidades, como rearticulaciones constantes en un campo de fuerzas donde algún particular pugna por investirse, aún precariamente, del valor de lo universal, no sólo concierne al resultado sino incluso al juego mismo en el cual necesariamente se transforman. Lejos de configuraciones estáticas o totalizadoras, lo que se pone de

manifiesto es la dimensión conflictiva de toda identidad, su carácter no dado ni gratuito en el sentido de una nueva coexistencia con otras, una identidad que pretendiera continuar tal como es, mantenerse sin cambios, afirma Arfuch, correría el riesgo de marginalización o cristalización (2002, 34).

El aire de los tiempos actuales, señala Arfuch, trajo aparejada la necesidad de una redefinición sobre la identidad, a punto tal de que ya es imposible, en el léxico académico, utilizar la vieja palabra sin aligerarla de su carga originaria (lo esencial, lo innato, lo idéntico a si mismo, lo que determina, lo que permanece) y sin un replanteo en torno a su articulación al plano de la subjetividad contemporánea. La redefinición actual de las identidades en términos no esencialistas lleva a considerarlas no como mera sumatoria de atributos diferenciales y permanentes, sino como una posicionalidad relacional, confluencia de discursos donde se actualizan diversas posiciones de sujetos no susceptibles de ser fijadas más que temporariamente ni reductibles a unos pocos significantes claves (2002, 31).

Por su parte, Claudia Briones (1988) plantea que la identidad es un límite que se construye a partir de diferencias y semejanzas, ya que estas últimas aglutinan a los individuos dentro de una clase pero son las diferencias las que permiten recortar dicha clase. En este sentido, entiende por identidad étnica el resultado de las relaciones en las cuales se intervenculan e interactúan las autoimágenes e imágenes del otro, de los grupos étnicos implicados en tales relaciones. Concepto que es también válido para otros niveles de construcción de identidad como la personal, la nacional, de clase, etc. Señala que la identidad no se corresponde con un campo discreto sino que toda identidad abre sus fronteras y se flexibiliza al reubicarse en otro nivel de relaciones. Plantea también que no hay que separar los conceptos de identidad personal e identidad sociocultural ya que ambas son personales y socioculturales a la vez. Lo que es necesario puntualiza, es buscar en su interacción las motivaciones que conducen a que en determinadas situaciones, los sujetos se aparten o se unan, se recorten como individuos o como miembros de un grupo, ya que, dependiendo los contextos, las personas optamos por formular –como individuos o miembros de un colectivo- una identidad pertinente al límite que nos sentimos movidos a resaltar. En síntesis, es la instauración y conservación de un límite lo que construye identidad, no escapando a esta delimitación la identidad étnica. Los aspectos culturales en torno a los cuales se establecen los límites al igual que las características de los grupos pueden cambiar, lo que siempre debe subsistir para que la identidad étnica exista, es la dicotomía entre miembros y extraños.

En esta línea, Liliana Tamango (1988) plantea la necesidad de entender a la identidad como un proceso complejo, histórica y socialmente generado, para así

aprehender cabalmente su vinculación a la estructura social y al espectro de poder de la sociedad, y ver, incluso, cómo en muchas situaciones expresa relaciones de dominación/subordinación, dada su pertenencia al campo de los fenómenos simbólicos. Entiende a la identidad étnica como la identificación generada en los procesos de contactos interétnicos, como una categoría social generada en procesos sociales complejos, posibles de ser interpretados en sus connotaciones comunicacionales, cognitivas y simbólicas. Rescata además la necesidad de comprender al concepto en su dimensión de categoría social y como expresión de la clasificación que los hombres hacen de sí mismos y de los demás, mediante los procesos de inclusión/exclusión.

En relación a la identidad de género, planteamos que es necesario evitar construir una imagen que restrinja la identidad femenina a su rol subordinado y segregado y privilegiar el valor de la libertad en la mujer como una virtud previa y necesaria para poder decidir y afirmarse en el escenario social como verdaderas protagonistas. En palabras de María Luisa Tarrés, destacar a las mujeres como una *voluntad de ser*³.

En este sentido, la autora plantea que no puede analizarse el rol de las mujeres en la sociedad desde la pasividad y la discriminación ya que, en las últimas décadas, se ha incrementado la inserción de las mujeres en los distintos ámbitos sociales. Esto no significa desconocer el peso de las estructuras de dominación o de los procesos reproductores en la vida de las mujeres, sino reconocer que en dichas estructuras también se generan resquicios o quiebres que permiten rescatar el rol protagónico de las mujeres y plantear su identidad desde un lugar diferente.

En este planteo entonces, es fundamental pensar a la mujer como actor social considerando para ello los aspectos subjetivos como lo que siente y piensa, y los significados asociados a la condición genérica en la formación del sujeto. La construcción de la identidad genérica se relaciona con los conceptos de yo, persona y autonomía. Cualquier análisis de esas categorías, supone e involucra consideraciones sobre la posibilidad de elección y sobre el valor moral necesario para interponerse al condicionamiento en la medida que se relacionan con las acciones de los sujetos individuales y colectivos (Tarrés, 1992: 43).

Esto significa entonces recuperar las voces de las mujeres para rescatar sus reflexiones críticas, sus propuestas y acciones concretas, en las cuales demuestran su autonomía y su protagonismo.

³ Concepción que retoma de la poetisa Gabriela Mistral. Más información en Tarrés 1992:21.

Proponemos plantear a las mujeres ya no como sujetos para otros sino como verdaderas impulsoras de cambios y constructoras de su propia realidad. Son actoras y protagonistas de la historia.

“...las mujeres somos más combativas en esto de preservar la cultura, mucho más combativas, la mayoría de las comunidades tienen loncos mujer, las mujeres somos peor que un camión en marcha, y que no se nos pongan adelante porque los aplastamos...” (Inés)

3. Los rankeles en Santa Rosa

La nación mamülche habita el Mamüll Mapu o “país de los montes” desde tiempos inmemoriales. Antes de ser expulsados por el estado argentino ocupaba todo el centro de lo que hoy es la Argentina, desde el sur de Mendoza, San Luis, Córdoba y Santa Fe, oeste de Buenos Aires, y La Pampa. Lindaba al oeste con la nación Pehuenche y al sur con la Tehuelche. Esta nación estuvo conformada a lo largo del tiempo por diferentes pueblos, llamados “salineros”, “jarilleros”, “medaneros”, “los de los montes”, y “los del rankül” o “rankülche” -hoy ranqueles-, que poblaban el norte de este inmenso territorio.

Según la Encuesta Complementaria de Pueblos Indígenas realizada por el Indec en el 2001, en nuestra provincia, 4573 personas se reconocen población rankulche o rankel, de este total, 2.422 son varones y 2.151 mujeres⁴.

Los rankeles están distribuidos en distintas ciudades y zonas rurales como Santa Rosa, Victorica, General Acha, Colonia Emilio Mitre, Chos Malal, entre las principales. Se encuentran organizados en comunidades 15 de las cuales están además, integrando la FICAR (Federación Indígena del Centro de la República Argentina), y poseen representantes en instituciones nacionales como el INAI (Instituto Nacional de Asuntos Indígenas).

4. Las mujeres rankeles: participación y protagonismo

A partir de sus propias experiencias en distintas asociaciones, las mujeres en general, definen la participación como un encuentro con otras, lo cual supone intercambiar experiencias a su vez que valoran la propia, encontrando así un fuerte sostén afectivo por identificarse con las mismas causas y problemáticas.

⁴ No obstante estas cifras, la comunidad rankel admitió que los números no son representativos del total de la población aborígen realmente existente. Diario La Arena. 06/02/06.

En palabras de nuestras protagonistas,

“...ser mujer indígena para mi es hacer lo que hago, luchar por defender lo nuestro, nuestra cultura y nuestros derechos...” (Inés, Jefa de comunidad o lonco).

“...me ha tocado como mujer, como machi, juntar gente para rescatar lo que se está perdiendo y para difundir nuestra cultura...” (Natividad, Jefa de comunidad o machi).

“...no importa si sos rankel o mapuche, vamos todos por lo mismo, por las tierras, por las casas, por lo que sea, por la dignidad que tenemos de vivir bien, como cualquier otra persona, trabajando honestamente...” (Juana)

La participación en organizaciones les permite ampliar su red de relaciones, se exceden los lazos de parentesco y vecindad y aparecen las de amistad, reforzándose así los lazos de solidaridad, reciprocidad y confianza que las une.

La participación y el trabajo social y comunitario les posibilitan a las mujeres obtener reconocimiento social y sentirse útiles, salen de la soledad del ámbito doméstico, cuyo trabajo socialmente es invisible y pocas veces reconocido, para trabajar con y para los demás desde su inclusión en el ámbito público.

“...puedo decir que me siento privilegiada porque a partir de la participación y de la lucha me he ganado un lugar en esta sociedad, me lo he ido ganando poco a poco y con mucho esfuerzo, eso te reconforta...” (Ana, Jefa de comunidad o lonco).

“...nosotros como mujeres reclamamos un montón de cosas, que nos miren como somos, que no nos discriminen más, que nos abran caminos para vender lo que hacemos, tener una casa digna y criar a nuestros hijos...” (Natividad)

Este bienestar supone no sólo recibir sino también brindar contención al poner en común incertidumbres, malestares, estrategias, intentos de solución, que se traduce en una ganancia de seguridad en sí mismas y en el enriquecimiento de su autoestima.

“...nos hemos fortalecido las mujeres indígenas, a mi me tocó ser lonco de una comunidad habiendo muchos hombres y ese es un compromiso muy grande con el pueblo... te fortalecés porque hay reclamos postergados y hay que ir adelante en esta lucha, criar a nuestros hijos, mantener los valores y la fuerza para lograr objetivos, y a veces cuesta... pero no hay que bajar los brazos, al contrario...” (Ana)

En los diferentes procesos de participación, las mujeres se reconocen y afirman como sujetos de derechos desde, en este caso, su identidad étnica y de género. Así, este proceso también va generando la construcción de su ciudadanía.

“...estamos generando proyectos y acostumbrando a la gente que no tenemos una organización para pedir sino para reclamar los derechos que nos corresponden y sacar adelante a toda la comunidad...” (Ana)

La posibilidad de ponerle palabras y socializar las propias experiencias y sensaciones permite a las mujeres reflexionar sobre sus condiciones concretas de existencia y los significados que construyen sobre sus vidas, su historia, sus intereses y necesidades, pudiendo llegar a revisar sus propias prácticas.

Las mujeres que participan en diversos espacios, amplían su mundo relacional, conocen e intercambian información, reconocen visiones del mundo alternativas. La participación entonces, supone para ellas la apertura de un horizonte de formación y aprendizaje que contribuye positivamente a su crecimiento personal.

“...me ha costado mucho esto, tuve que capacitarme a los 50 años para permanecer en el sistema, pero me respetan dentro de la comunidad y tengo un diálogo abierto con otros sectores políticos y no gubernamentales que me apoyan, me aconsejan, igual a veces me cuesta pero leo mucho, pregunto, me informo, aprendo y así sigo trabajando...” (Ana)

“...ser jefe de comunidad significa responsabilidad y también aprendizaje, te tenés que relacionar con todos los sectores, así se abren puertas y también se cierran otras, aprendés mucho, te fortalecés y crecés mucho personalmente...” (Claudia, jefa de comunidad)

Así, el aprendizaje es uno de los aportes de la participación que más valoran y que relacionan tanto con los conocimientos que adquieren como con los aprendizajes

relacionados al trabajo en grupo. El trabajo colectivo supone la ejercitación de nuevas habilidades para las mujeres: discutir, confrontar, socializar experiencias, como así también adquirir nuevas responsabilidades.

“...ser jefa de comunidad no es poco, es mucho, es asumir una gran responsabilidad el luchar por nuestra gente, ser jefa significa tener muchos puntos importantes a tener en cuenta; por empezar reconocerse indígena, respetar la organización comunitaria, la organización gubernamental indígena, respetar sus jefes, los ancianos, respetar la biodiversidad, todos los valores culturales, ser respetuoso con la espiritualidad, con el medio ambiente, ser buena oradora, eso también es muy importante para el Consejo Indígena...” (Ana)

“...la mujer rankel tiene que ser muy sabia, saber criar a sus hijos, darles educación, y transmitir sus conocimientos para que no se pierda nuestra cultura, estudiar, no quedarse, ser muy emprendedora porque como dice la canción “diez veces nos vamos a caer, diez veces nos vamos a levantar” porque así nos enseñaron nuestros antepasados, a seguir...” (Juana)

Marcela Lagarde (1999) al respecto señala que las mujeres contemporáneas han logrado enfrentar a su favor la escisión vital que supone una experiencia de partición, confrontación interna y dificultad para integrar con cohesión los hechos vividos como experiencias valoradas y constitutivas del yo, y se fragmenta la identidad ponderándose alguno de los modos de vida y círculos particulares como referente. Y lo han logrado afirma, al participar, al reconocerse en otras mujeres y al resignificar el conjunto de su vida. Su acción en el mundo pasa por ellas mismas y su definición identitaria está centrada en su propia historia y en sus acciones en el mundo. Cada vez más las mujeres logran este tipo de cohesión interna derivada de tener oportunidades vitales, posesión de recursos materiales y simbólicos, es decir, la posesión de un mayor capital cultural utilizado en primer término *para-sí*.

Las mujeres contemporáneas son prácticas, tienen habilidades sociales para desplazarse, para intervenir en ámbitos diversificados de acción. Y son además ciudadanas, esto es tienen derechos en todos los ámbitos porque son personas, mujeres. Se representan a si mismas y tienen pensamientos, juicios y voz propia, lo que logran a partir de la dotación de recursos, de formación y por la participación en distintos ámbitos.

Ciudadanía, identidad y memoria

Entendemos a la ciudadanía en un sentido más amplio que la de participación política, siguiendo a Vargas Valente (2000) la definimos como una práctica apropiadora de los derechos existentes y productora de nuevos derechos.

La ciudadanía es un proceso que van construyendo desde las comunidades, su accionar y el sentir cotidiano, lo cual les permite resignificar sus experiencias al compartirlas y socializarlas con las demás.

La ciudadanía no es simplemente un status legal definido por un conjunto de derechos y responsabilidades sino que es también una identidad, la expresión de la pertenencia a una comunidad política (Kymlicka y Norman, 1997). En función de esta pertenencia, el Estado aparece como el referente inevitable de las protestas y reivindicaciones, al mismo tiempo que intentan preservar la autonomía de las organizaciones frente al peligro de la cooptación y el paternalismo.

Esta lucha por la autonomía supone también un aprendizaje, señala Vargas Valente (1993), ya que implica tener en cuenta otros intereses, cómo y qué negociar, cuándo y con quién realizar alianzas. Y es además, un espacio privilegiado para ejercitar prácticas democráticas ya que mi autonomía comienza a ser relativa en relación con los otros, y este es el núcleo básico de una política democrática, la negociación de la pluralidad y diversidad de intereses.

La lucha por los derechos sociales de las mujeres puede entenderse como el espacio público desde donde se demanda al Estado y desde donde ellas se constituyen y ejercen sus reclamos como ciudadanas en un contexto democrático. Se asumen indígenas, ciudadanas del estado argentino.

“...estamos reclamando al Estado, ya nos organizamos, tenemos personería jurídica, ahora falta que cumplan su parte con el tema de las tierras que nos prometieron, no vamos a bajar los brazos, vamos a seguir reclamando por todos los medios...” (Natividad)

“...ojalá lleguemos a algún acuerdo con el Estado argentino, no creo que lleguemos a recuperar nuestro espacio territorial, es imposible porque hay mucha diversidad cultural y estamos todos viviendo en ella, pero tampoco queremos ser un pueblo olvidado ni desterrado...” (Ana María)

Su autoafirmación como indígenas es el primer elemento configurador de su conciencia y lo que impulsa a las diversas formas de movilización. Ser indígena es el

eje sobre el cual construyen sus identidades, como sujetos y como pueblo, un pueblo que históricamente fue relegado, excluido y marginado y que reclama sus derechos.

“...la identidad, la base está muy en reconstrucción en el lado nuestro, sabemos que somos, sabemos lo que somos y lo que fuimos, pero todavía nos faltan un montón de piezas del rompecabezas para armar y bueno, en eso estamos y a eso le vamos a dedicar unos cuantos años de acá al futuro, en reconstruir esas piezas del rompecabezas que se van perdiendo día a día, porque cada vez que se muere un viejito en el oeste perdemos una pieza importante de todo, porque son los únicos que preservaron lo que queda...” (Inés)

“...yo siento que la identidad de un pueblo encierra muchas cosas, somos diferentes, poseemos conocimientos distintos, tenemos una historia originaria, sabemos quiénes somos, cuáles son nuestras raíces, mantenemos una forma de pensamiento diferente, tenemos valores culturales que respetar, el idioma marca nuestra identidad, a pesar de que nos desmantelaron nuestra organización social, pero todavía conservamos dentro de nuestro pueblo la lengua materna que se trasmite, eso marca a fuego la identidad en los pueblos, el idioma propio, las costumbres, formas de vida... mantener todo esto en una ciudad es posible porque mamamos esto desde chicos y haber tenido una familia que te educó en esa cultura sin sentir vergüenza...” (Claudia)

La etnicidad, en estos casos, aparece entonces como una instancia movilizadora capaz de crear identidades, organizaciones y solidaridades. La identidad étnica representa un componente esencial de las estrategias políticas y las movilizaciones, al reafirmar el derecho y la legitimidad de planificar y ejecutar políticas propias.

Graciela Rodríguez (1988) plantea que la identidad étnica de un grupo sólo puede caracterizarse a través de la naturaleza y los niveles que la interacción étnica presenta en diferentes situaciones de contacto. El proceso por medio del cual los miembros de un grupo étnico se identifican con sus pares, y a su vez se diferencian de otros, obedece a una historia colectiva común y también a las circunstancias históricas y sociales que supone la construcción y reconstrucción de pautas de comportamientos heredadas y de costumbres y valores generados a partir de las nuevas condiciones de contacto interétnico. La identidad, plantea la autora, sólo puede ser entendida entonces, mediante la dinámica del proceso de construcción y reconstrucción que

implica tanto la pérdida de algunos referentes socioculturales como la incorporación de otros. Enfatiza además en las contradicciones generadas en el campo de la interacción étnica, contradicciones que la mayor parte de las veces refieren a situaciones de dominio/sometimiento. Reconoce la complejidad de los contextos más generales en los cuales las relaciones interétnicas operan y advierte la necesidad de retomar el concepto de autoconciencia étnica, como un elemento significativo del proceso de autovaloración y valoración por otros, dentro del proceso estructurante del sentido de pertenencia étnico.

En este sentido, las mujeres reconocen aun situaciones de subordinación y la necesidad de valorarse y autodefinirse como indígenas para -desde ese lugar identitario- seguir reclamando sus derechos y su lugar en la sociedad.

“...hay todavía mucha discriminación y marginación, las leyes están pero no se aplican como debería, los derechos están escritos pero no existen para los indígenas, siempre suceden cosas y tenemos que estar dialogando con el estado provincial y nacional para que se revierta la situación, pero siempre desde nuestro lugar, como indígenas...” (Ana)

En este marco, y en función de lograr su autonomía y autodeterminación, la memoria siempre es rescatada como un elemento imprescindible para reconstruir su historia, su identidad y su futuro. Es valorada porque por medio de ella adquirieron los conocimientos y valores de su cultura y porque representa la única forma de mantenerse y persistir como pueblo.

“...la memoria ayuda mucho, la memoria duele todavía porque ahora nos vamos dando cuenta de las injusticias que comete el hombre, de la historia terrible que vivieron nuestros antepasados y de la terrible situación en que aun viven algunos pueblos indígenas, tan olvidados, despojados de sus tierras, de sus montes, tan marginados... todavía duele, todavía sangran estas heridas, las injusticias de hace 500 años todavía siguen...” (Ana)

“...es lo más sagrado que tenemos, nosotros vivimos no sólo la crueldad sino la marginación, pero la meta es seguir adelante, no flaquear... la identidad sólo se pierde cuando la dejás morir, cuando no la trasmitís a nadie, cuando dejás tus saberes en una mesa, pero si vos la divulgás, si sos abierto, la vas a seguir conservando, la vas a preservar...” (Natividad)

“... la vida de un pueblo es su memoria... la memoria me fue dada a través de la palabra de mi madre y de mi abuela y yo se la estoy dando a mis hijos y nietos y a todo aquel que quiera escucharla y aprenderla...” (Juana)

Pero si bien su identidad está construida desde la etnicidad, desde asumirse como indígenas, es necesario destacar que todas se asumen también mujeres santarroseñas y pampeanas, ciudadanas de un espacio urbano, con el cual están plenamente comprometidas.

Luchan por conservar su cosmogonía, sus valores y prácticas, pero lo hacen desde el lugar que ocupan actualmente en la sociedad. Desde sus lugares de trabajo, desde sus roles familiares, desde el barrio en que residen, desde su participación en otras instituciones como cooperadoras de escuelas, clubes, comisiones vecinales, iglesias, esto es, desde su lugar como ciudadanas.

En este sentido, su relación con la comunidad supone una gran identificación con ella, su identidad no se agota en el plano étnico, sino que a través de sus prácticas y representaciones ilustran las multiplicidad de identidades que nos definen y comentáramos al principio de este trabajo.

“hoy estamos todos relacionados, lo importante no es decir mi cultura es mejor que otra o yo quiero vivir como mi cultura, porque yo tengo teléfono, televisión y uso internet, mis hijos van a la escuela, participamos de la cooperadora y así... pero quiero conservar cosas de mi cultura, estamos viviendo acá, significa que estamos bien en este medio pero queremos preservar nuestros valores, nuestra cosmovisión, no son incompatibles, al contrario, en nuestra lucha nosotros invitamos a todos a sumarse, aquellos que estén de acuerdo con nuestros planteos, no discriminamos a nadie, sólo pretendemos que respeten nuestra idiosincrasia como nosotros respetamos a los demás...” (Olga)

“vivimos acá y nos relacionamos con el resto de la gente que vive acá, en Santa Rosa, por eso en todo lo que hacemos invitamos a todos a participar, los talleres de danzas, los de lengua rankel, los de telar, todos son abiertos a la comunidad, enseñamos para rankeles pero también para los que no los son, y así también transmitimos nuestra cultura y aseguramos que se preserve...” (Juana)

5. Reflexiones finales

Entre las crisis y los cambios en las últimas décadas, las mujeres organizadas, a lo largo de toda América Latina, han logrado un notable protagonismo en la escena pública. Rescatamos, en este contexto, la potencialidad de su fuerza y la riqueza de sus experiencias, que superan ampliamente la lucha por las necesidades básicas, abarcando cuestiones de género, derechos humanos, reproductivos, organizativos, comunitarios, entre otros.

La organización y la participación de las mujeres rankeles representa no sólo un medio para satisfacer sus necesidades sino además, una forma de ejercer sus derechos como ciudadanas y contribuir en el proceso de conformación de su identidad. Una identidad que en realidad son múltiples identidades y que implican diferentes tipos de relaciones según el lugar en el que se posicionen.

De allí la importancia de indagar lo que estas experiencias representan y significan para las mujeres, en orden de promover aspectos que potencien las capacidades transformadoras de sus propias prácticas.

El accionar de este grupo de mujeres santarroseñas nos demuestra una vez más la calidad de sujeto histórico de las mujeres y el papel protagónico que adquieren para la transformación de la realidad.

BIBLIOGRAFÍA

Arfuch, Leonor (comp.) (2002). *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires. Prometes Libros.

Bayardo, Rubens y Lacarrieu, Mónica (1997). *Globalización e identidad cultural*. Buenos Aires. Ediciones Ciccus.

Briones, Claudia (1988). "Puertas abiertas, puertas cerradas. Algunas reflexiones sobre la identidad mapuche y la identidad nacional". En: *Cuadernos de Antropología Social* N° 2. EUDEBA-UNLu.

(1994). "Con la tradición de todas las generaciones pasadas gravitando sobre la mente de los vivos: usos del pasado e invención de la tradición". En: *Runa*, Buenos Aires. Pp. 99-129.

Di Liscia, María Herminia (1999). "Relaciones de género y prácticas políticas. Presidentas de Comisiones Vecinales de una ciudad argentina de provincia". En: *La Aljaba, segunda época*. Vol. 4. Universidad Nacional de Luján.

Feijoo, María del Carmen y Herzer, Hilda (comp.) (1991). *Las mujeres y la vida en las ciudades*. Buenos Aires Grupos Editor Latinoamericano.

González Montes, Soledad (coord.) (1993). *Mujeres y relaciones de género en la Antropología latinoamericana*. México. El Colegio de México.

Hidalgo, Cecilia y Tamango, Liliana (comp.) (1992). *Etnicidad e identidad*. Buenos Aires. CEAL.

Kymlicka, Wylly y Norman Wayne (1997). "El retorno al Ciudadano. Una revisión de la producción reciente en teoría de la ciudadanía". En: *Agora, Cuaderno de Estudios Políticos*, Año 3, N° 7. Buenos Aires.

Lagarde, Marcela (1999). *Una mirada feminista en el umbral del milenio*. Instituto de Estudios de la Mujer. Universidad Nacional Heredia, Costa Rica.

Massolo, Alejandra (1998). "Defender y cambia la vida. Mujeres en movimientos populares urbanos". En: *La Aljaba, segunda época*. Vol. 3. Universidad Nacional del Comahue.

(Comp.) (1992). *Por amor y coraje. Mujeres en movimientos urbanos de la ciudad de México*. México. PIEM. El Colegio de México.

Radovich, Juan Carlos y Balazote, Alejandro (1992). *La problemática indígena*. Buenos Aires, CEAL.

Rodríguez, Graciela (1988). "Identidad y autoconciencia en una situación de contacto interétnico". En: *Cuadernos de Antropología Social* N° 2. EUDEBA-UNLu.

Tamagno, Liliana (1988). "La construcción social de la identidad étnica". En: *Cuadernos de Antropología Social* N° 2. EUDEBA-UNLu.

Tarrés, María Luisa (comp.) (1992). *La voluntad de ser. Mujeres en los noventa*. México. El Colegio de México. México.

Vargas Valente, Virginia (1993). *Los intereses de las mujeres y los procesos de emancipación*. Universidad Autónoma de México. México.

Vázquez, Héctor (2000). *Procesos identitarios y exclusión sociocultural. La cuestión indígena en la Argentina*. Biblos, Buenos Aires.